

UN LIBRO POLEMICO

"Reflexiones ante el Neocapitalismo"



El neocapitalismo (la serie de transformaciones producidas en el seno del sistema de producción y de relaciones sociales capitalistas desde la segunda guerra mundial) es abordado en este libro colectivo, editado por «Ediciones de Cultura Popular», desde diversos ángulos. El cuadro general político es descrito por Eduardo G. Rico en «El equilibrio del terror», donde se analiza el miedo a la bomba de un mundo desgarrado: «sociedad de consumo», por otro, Martí Capdevilla confronta, en «El voluntarismo capitalista y la economía española», los resultados económicos en nuestro país con el modelo neocapitalista, para concluir que más que un desarrollo a la europea es probable aquí un desarrollo «sui generis» con modelos de consumo importados. Angel Abad analiza en «Sobre el consumismo» las funciones que éste cumple dentro del sistema: integración, afirmación del yo, al tiempo que despersonalización, capacidad de alienación, en suma, cuya explicación sólo puede encontrarse en unas determinadas relaciones de producción. El papel que juega el erotismo —trivializado y omnipresente—, convertido en caricatura del auténtico Eros, cuya finalidad sería la de significar un paso en la liberación de lo social, es valorado por César Alonso de los Ríos en «La planificación del ero-

tismo»; la liberación controlada que se da en los países occidentales resulta, así, un triunfo del «principio de realidad». Entre las numerosas sugerencias del ensayo de Román Gubern, «La cultura de la imagen» puede señalarse la capacidad de fascinación de la imagen y la ley del mínimo esfuerzo en su percepción, lo cual implica la existencia de un receptor más desarmado desde el punto de vista de la capacidad crítica; advierte, al final de su ensayo, las diferencias entre nuestros países, de precario desarrollo industrial, y otros países europeos. Manuel Vázquez Montalbán reivindica, en «Experimentalismo, vanguardia y neocapitalismo», la necesidad de la experimentación artística como única vía para el progreso de la cultura. «Ceder el experimentalismo a la reacción —dice— es algo así como ceder el irracionalismo al capitalismo». Si fue pesadilla estética el garbellismo o el benaventismo, no lo es menos un realismo «sin fronteras». El tan debatido tema sobre el crepúsculo de las ideologías corre a cargo de Francesc Carreras con «Sobre la tecnocracia y el fin de las ideologías»; critica la pretensión del Estado democrático de representar el interés general de la sociedad —monopolios u obreros— y se adscribe a Gorz cuando dice «La despolitización es la ideología de la propia tecnocracia». No podía faltar un estudio sobre esas «encarnaciones del mal» que son los grupos de presión. Sobre ellos escribe Isidro Molas, quien propugna la canalización política de dichos grupos a través de organismos definibles y responsables (partidos) que concreten políticamente las soluciones. Y, por fin, cierra esta serie de ensayos el de Jordi Borja, «Reformismo y revolución frente al neocapitalismo», en el que se ponen en tela de juicio, en estos momentos críticos para todos los viejos esquemas, las vías no solamente de los movimientos reformistas, sino incluso de organizaciones llamadas revolucionarias. «Reflexiones ante el neocapitalismo» pertenece a la colección «Papeles sociales ilustrados», que dirige Manuel Vázquez Montalbán dentro de las «Ediciones de Cultura Popular». ■ A. L. M.

COLOQUIO EN BARCELONA

Aristarco, trece años después

Hace trece años, casi día por día, Guido Aristarco venía por primera vez a España. El gran teórico italiano asistió, como observador, a las célebres Conversaciones Cinematográficas de Salamanca. Ahora, cuando tantas cosas han cambiado en el panorama cinematográfico internacional y bastantes menos en el español, Aristarco ha hecho una segunda visita a nuestro país con ocasión de la presentación de su libro «Historia de las teorías cinematográficas», publicado en castellano por Editorial Lumen, con un prólogo especial para la edición española. Durante mucho tiempo, Aristarco ha sido considerado, y con razón, como el más importante teórico del cine de la segunda posguerra. El neorealismo italiano era el cine que, en el momento en que el nombre de Aristarco empezó a sonar en el mundo, constituía la avanzada estética e ideológica.

Desde sus artículos publicados en diferentes revistas y luego desde la que fundaría en 1952, «Cinema Nuovo», Aristarco no sólo desentrañaría su meollo sino que sentaría sus bases teó-

ricas. Los años han pasado. El neorealismo es ya, prácticamente para todos, un fenómeno histórico, susceptible de muchas reservas. Aristarco ha intentado, con absoluta seriedad, ponerse al día. Su libro, al que aludo, cuya primera edición data de 1951, pero que ha sido revisado y aumentado regularmente, es prueba de este esfuerzo. Es, por ello, apasionante, aunque también discutible. «¿El cine de los últimos años culmina en Dreyer, en su "Ordet", en Bergman, en Bresson —autores artísticamente considerables, verdaderos "maestros"—, en el Godard de "Al final de la escapada", culmina en el Resnais de "Marienbad" y de "Hiroshima, mon amour", o más bien en el grande, inalcanzable Chaplin de "Candilejas"?», se pregunta Aristarco en el referido prólogo a la edición española.

Y en otro lugar dice: «No se rechaza, repetimos, la validez artística de un Bergman o de un Antonioni y de ciertas obras de Godard, ni las cuestiones, fundamentales por otra parte, relativas al lenguaje, pero nos parece oportuno, importante, marcar una dis-

tincción entre artistas a los que se admira, artistas a los que se ama y artistas a los que se admira y se quiere al mismo tiempo (valga para ello el ejemplo de Chaplin)».

Sobre estos dos puntos clave —Aristarco acabó por lamentar el momento en que había escrito la última frase reproducida— se abrió la discusión en un coloquio organizado en Barcelona por la casa editora del libro. Luego, el temario se amplió. Se habló de Brecht y del idonovismo, de ruptura y tradición, de lucha cultural y forma... No siempre las respuestas de Aristarco satisficieron a quienes le hacían las preguntas. Incluso hubo quien le tildó de didáctico y paternalista —uno de los realizadores de la «escuela de Barcelona»—, acusaciones a las que el autor del libro correspondió con la de dogmático católico... Se habló en cualquier caso, y desde posturas dispares, pero no enfrentadas, con toda sinceridad y con frecuente lucidez. Los

participantes en el coloquio, la mayoría jóvenes —luego Aristarco hablaría en la Universidad—, dialogaron con el autor no como con un «santón» sino como con un hombre inteligente, importantísimo en el campo de la teoría cinematográfica. En este terreno fueron significativas las palabras de Ricardo Muñoz Suay, que presentó al escritor diciendo que si en el momento de su primer viaje a España Aristarco era, indudablemente, un «perseguido», en el actual no faltaría quien le considerara un «perseguidor». La confrontación estuvo, en cualquier caso, llena de interés, lo mismo que es interesantísima la publicación en nuestra lengua de un libro como el que dio lugar a ella. Seguidor fiel de la metodología de Lukács y Gramsci, Aristarco ha publicado recientemente, influido evidentemente por «El asalto a la razón», del primero, y referido exclusivamente al cine de los países occidentales, «Disolvimiento della ragione». ■ C. S. F.

TRASPLANTES DE CORAZON

Bernard Halpern: «No comprendo este caso»

En una sola semana se han intentado cuatro trasplantes de corazón en el mundo: uno en Francia, el segundo en Londres y dos en EE. UU. El profesor Bernard Halpern, expresa aquí todas las dudas y temores que le ha planteado el primer trasplante francés.

«Para llevar adelante esta experiencia se eligió a un enfermo de sesenta y seis años. No he comprendido ni esta elección ni las razones que se han aducido. Contrariamente a lo que piensa el público, el trasplante sólo es recomendable en algunos casos, muy concretos y reglamentados. Aunque pienso que la persona que reciba un trasplante debe ser lo más joven posible, no creo que la edad del enfermo pueda constituir un criterio de elección válido para la selección de la persona. El precio de una vida humana no puede valorarse ni en función del estado de salud ni de la edad o condición social. Si preconizáramos el «valor social» del individuo terminaríamos defendiendo la supresión de todos los hombres que dejaran de ser productivos. Se ha explicado igualmente la elección del sexagenario por la necesidad de practicar, para asegurarse que se conocía a fondo la técnica y los problemas del trasplante. Una postura semejante sólo se justifica para una técnica bien conocida de antemano (...).

«Ante la multiplicación de intervenciones realizadas en estos últimos días en el mundo, se puede evocar el peligro de una «carrera de trasplantes». El espíritu de competencia es el mismo en Francia que en el extranjero. Es tentadora la idea de ser el primer equipo que realiza una intervención jamás intentada en Europa. Pero, con gran frecuencia, este espíritu de competencia no obedece a los propios cirujanos. Las estructuras actuales de la medicina francesa, arcaicas y caducas, proveen considerables medios de presión a unos hombres demasiado ambiciosos, situados a alto nivel jerárquico (...).

«El que lleva la responsabilidad legal de una experiencia de este tipo es, evidentemente, el jefe de servicio. Y cuando, como ha sido el caso en el hospital de «la Pitié», el jefe de servicio sabe que la intervención intentada en su ausencia presenta graves dificultades,

hay una cierta grandeza por su parte en asumir esta responsabilidad ante la opinión pública. Pero el jefe de servicio se comporta todavía con demasiada frecuencia, en Francia, como un mandarín que se cree obligado a beneficiarse de los honores merecidos por sus jóvenes colaboradores. No hay ninguna razón válida para que el jefe de servicio se adjudique una parte preponderante en un trabajo en el que generalmente no ha participado de forma directa. Además, impide que sus jóvenes colaboradores adquieran una fama a la que son únicos merecedores. Afortunadamente, esta mala costumbre está en vías de desaparecer. Como ya ha ocurrido en Gran Bretaña y los Estados Unidos. No hemos llegado todavía a ello en Francia, desgraciadamente. La época de las grandes epidemias ha desaparecido y la investigación, actualmente, puede convertirse con toda facilidad en un instrumento de prestigio. Para comprenderlo basta ver la forma en que África del Sur se ha beneficiado de los éxitos de Christian Barnard y de su hermano Marius, que es su ayudante. La investigación científica está esencialmente financiada por el Estado, y, a partir del momento en que el prestigio aparece, la política no se encuentra lejos. Esto me parece especialmente peligroso en lo que concierne a la investigación médica.

«Mezclar la política y la investigación médica llevaría a eliminar la verdadera investigación. La meta de los trabajos sería entonces no ya el progreso científico y humano, sino la obtención de resultados prestigiosos que utilizarían los gobiernos y, detrás de ellos, algunos hombres movidos por la ambición profesional y por la voluntad de poder. Existen hombres semejantes en todas las profesiones. En medicina son, afortunadamente, poco numerosos. Pero su meta estriba en aumentar su influencia con el fin de ejercer un poder de control cada vez mayor en el mundo médico y su evolución. La influencia de estos personajes es particularmente nefasta, ya que su postura, actitud y sus preocupaciones, ajenas a toda investigación científica, falsean el sentido mismo de lo que debería ser la investigación médica y conducen a una desenfadada competencia, destinada casi siempre al fracaso».

COLABORAN: Juan Añelbarán, César Alonso de los Ríos, Thomas Buchana, Art Buchwald, Chumy-Chimés, J. García de Duchas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Goicoechea, C. Krief, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Cifra, Zardoya y Europa Press.